

Manos de mis ensueños, manos de mis delirios,
que han dejado en mi frente la unción de sus caricias,
y se abren en mis horas negras como dos lirios,
bañándome en un bálsamo de supremas delicias.

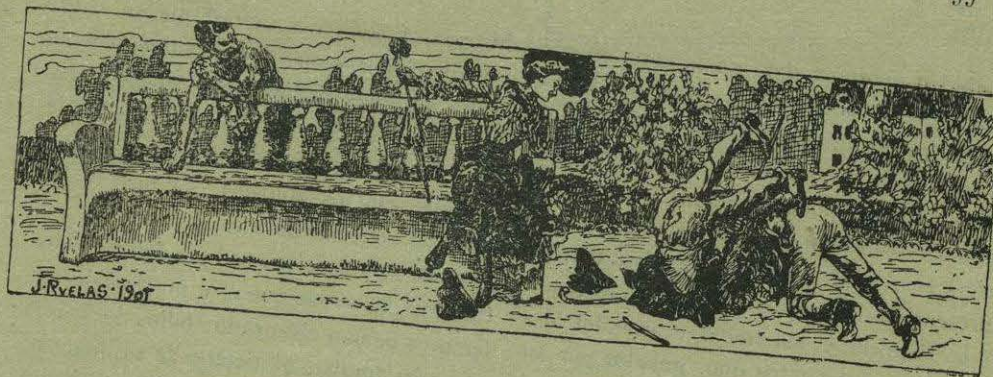
¡Oh, manos milagrosas de caridad unguidas,
que vierten con cristianas dulzuras celestiales,
un óleo de consuelo en todas las heridas,
y un grano de esperanza en todos los eriales!

¡Oh, manos impolutas de señoril pergeño,
manos de nitideces vírgenes de camelia,
que riegan en los lagos azules del Ensueño
los líricos capullos que deshojara Ofelia!

Cuando, —vencido atleta,— en la liza sucumba,
¡Oh, manos consagradas, manos de eucaristía,
deshojad píamente sobre mi humilde tumba
la anémona llorosa de una triste elegía!

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

1907.



UN ESTUDIO DE MENÉNDEZ Y PELAYO

De las dos principales formas que la novela histórica tiene, ¿a cuál pertenece *Ave Maris Stella?* Hay entre las obras de Walter Scott, algunas de las más brillantes y famosas, no de las más espontáneas (*Ivanhoe*, *Quentin Durward*. . . .), en que la historia da, como dice muy bien nuestro Amós, «el esqueleto y trabazón del artificio literario, el color de los tiempos, el compás de la acción, la medida de los caracteres y aventuras.» Tienen estas novelas el inconveniente de que la Historia se desborda en el campo de la poesía, con tan impetuoso raudal, que anula la acción del protagonista inventado, y convierte sus personales aventuras en una especie de máquina teatral, puesta al servicio del gran drama de las ambiciones y las catástrofes humanas. Sobre esta manera de narraciones histórico-anoveladas, recaen principalmente las observaciones de Manzoni, que después de haber compuesto su áureo libro de «*I Promessi Sposi*,» entró en escrúpulos literarios sobre el libro y sobre el género, y escribió su opúsculo «*De la novela histórica*,» en que expone largamente y con su ingenio y sagacidad acostumbrados, los inconvenientes de aquella forma poética y de las que con ella tienen alguna semejanza. En lo cual es de notar que Manzoni tildaba y corregía opiniones suyas anteriores, puesto que en su admirable «*Carta sobre las unidades dramáticas*,» había hecho la más profunda apología del drama histórico, tanto mejor, cuanto más fiel á la Historia; siendo doctrina de aquel egregio pensador y gran poeta, que «las causas históricas de una acción, son esencialmente las más dramáticas y las más interesantes, y que cuanto más conformes sean los hechos con la verdad material, tendrán en más alto grado la verdad poética que buscamos en la tragedia.»

Si esta doctrina puede parecer extremada por lo mucho que restringe los derechos de la fantasía, todavía es más rígida la que luego sostuvo, condenando como género contradictorio en sí mismo toda mezcla de historia y ficción. La humanidad continúa recreándose con este género híbrido, y en la cúspide de él coloca precisamente un libro de Manzoni. Pero éste pertenece á la segunda categoría de novelas históricas, al grupo en que debemos colocar también las obras más amables y espontáneas de la primera manera de Walter Scott. En vano intentan hoy los críticos rebajar el mérito de este mago de la Historia, Homero de una nueva poesía heroica, acomodada al gusto de generaciones más prosaicas, y, en suma, uno de los grandes bienhechores de la hu-

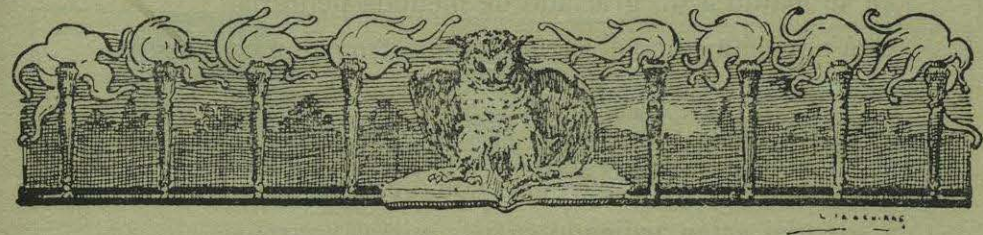
manidad, á quien dejó en la serie de sus libros una mina de honesto é inacabable deleite. La exactitud histórica completa es un sueño; y si por medio de procedimientos científicos no podemos llegar más que á una aproximación, ¿quién va á exigir más rigor en el arte? Walter Scott nunca tuvo la pretensión de que sus novelas sustituyesen á la Historia, y, sin embargo, grandes historiadores fueron los que, guiados por su método, comenzaron á resucitar la Edad Media con su genuino espíritu.

Para los grandes hechos históricos no hay como la historia; la fábula sirve sólo para oscurecer su grandeza. El único medio artístico de celebrarlos con dignidad es la efusión lírica. Pero ni la historia se compone tan sólo de peregrinos y encumbrados acaecimientos, ni sabe ni dice todo lo que puede decirse y saberse de ciertos periodos, hombres y razas, que por no haber influido eficazmente en el mundo, ó porque de sus hechos no queda bastante memoria en papeles y libros, permanecen olvidados y silenciosos, aguardando el són de la trompeta que los levante del sepulcro. Y entonces llega el arte, que entre sus excelencias tiene la de suplir con intuición potente las ignorancias de la ciencia, los olvidos y desdenes de la historia, y resucita hombres y épocas, nos hace penetrar hasta lo íntimo de la organización social, y nos da á conocer, no sólo la vida pública y ruidosa, sino la familiar y doméstica de nuestros progenitores. Que tal oficio está expuesto á quebrar en modo tal, que si esas generaciones despertasen, quizá no conocieran su propio retrato, puede ser cierto; pero cuando faltan modos de averiguarlo, importa poco, si el novelista lo es de veras, que haya substituído la realidad histórica, mezquina y prosaica á veces, con otra realidad poética, dulce y halagadora, que en medio de todo es tan real como cualquiera otra de la vida. Pero ni aun ese cargo puede hacerse á los poetas eruditos que antes de escribir novelas se han internado en el laberinto de las pasadas edades con el hilo de la crítica, y han reconstruido, no simplemente adivinado, la

historia, fundándola, antes que en vagas imaginaciones, en porfiada y diligente labor sobre antiguos documentos, sin desdeñar tradiciones y usanzas añejas, donde la historia vive tan persistente y tenaz como en los relatos de los cronistas. Tal hizo Walter Scott en aquellas novelas, para mí las mejores de su colección, en que describe costumbres escocesas que él y muchos de sus lectores habían alcanzado, odios de familia que aún duraban al tiempo de su infancia: tal realizó con suma conciencia Manzoni para restaurar aquella Lombardía semi-española del siglo XVII, y tal fué en su «historia montañesa» de la misma centuria, la empresa que acometió Juan García, discípulo de los más hábiles que en España han tenido ambos maestros.

Discípulo de Manzoni, más que de Walter Scott, si se atiende al espíritu, no sólo moral, sino austeramente religioso, de positivo y práctico cristianismo, que se difunde por todas las venas de la obra; arte severo é inmaculado que no admite, ni á título de contraste, ninguna emoción desordenada. Discípulo por la sencillez de la acción que no sale de los términos de la vida ordinaria, ni ofrece complicación alguna de las que por excelencia se llaman novelescas, ni busca tampoco los aspectos más brillantes de la historia al ingertarse en su tronco. Discípulo también, pero no imitador ni copista servil, en los dos principales caracteres, D. Diego Pérez de Ongayo y Fray Rodrigo. ¿Quién, al contemplar el verdadero desenlace de nuestra novela en la cristiana y resignada muerte de aquel desalmado solariego, Cain de sus hermanos, amansado ya y traído á penitencia por la solemne, á la par que cariñosa, voz de su hermano el fraile, no se acuerda involuntariamente del «Innominato» y de «Fra Cristóforo?»

Otros caracteres entran más en el género de Walter Scott. Casto y gentilísimo, con delicados toques de pasión, es el tipo de Doña Mencía; grave y austeramente señoril el de su madre Doña Brianda; arrebatado y generoso el del capitán que vuelve de Flandes; noble y fiel el del Rebezo; iracundo y



OFRENDA

Los balcones ojivales de un convento carmelita perpetúan en sus marcos, cual prodigio de cristal, la litúrgica vidriera que á un maestro mosaíta encargó un prior de Hipona, por decreto rectoral.

Un infolio venerable, en romance franco, anuncia que sus goznes y sus llaves, maravilla del cincel, fueron la obra legendaria de un orfebre de Maguncia que emigró al país de Hungría bajo el reino de Isabel.

Cuando el Sol gasta su aljaba en los ónices del coro, asemeja la vidriera zodiacal constelación, sumergida en el encanto de un crepúsculo de oro que realza sus matices de jacinto y corindón.

Bajo el beso de mil lirios —un floral beso de seda— ciñe el Niño Dios un nimbo de un reflejo aurisolar; sus pañales son de un lino tan hermoso, que remeda el vellón de bella espuma que en las ancas tiene el Mar.

Y María —¡oh alegría, oh ambrosía, oh melodía, más sagradas que los óleos de la unción del rey Saúl!—

en su manto azul, graciado de menuda pedrería,
está envuelta como el sueño de un astro en un lago azul.

José vela en los portales con sus varas de azucenas
y su manto de gran púrpura, como un viejo emperador;
á sus pies están ardiendo suaves mirras agarenas
en bracero que es la boca de un dorado aligator.

Suaves mirras que extrajeron de un jardín de mil corolas
los tres magnos orientales cuya pompa es todo real;
bajo un cedro de oro fino resplandecen sus estolas
y sus mitras eminentes de un prestigio arzobispal.

Respirando un vapor de oro por sus túmidas narices,
descendió el Toro celeste que preside al Sol de Abril;
lleva atado en sus cuernos, por guirnaldas, cuatro lises,
y la estrella Sáhil luce enclavada en su perfil.

Y la mística Paloma, en un claro azul distinta,
lleva en el pico una cinta de grana como pendón:
Santa Dei Genitrix, dice en la grana de la cinta,
decorada como el regio pectoral de Salomón.

Sobre el rústico pesebre, de las altas glorias llega
—resonante de alabanza— su magnífico clarín,
y á las puertas del pesebre, como un cisne astral, despliega
sus dos alas, cual dos liras, un inmenso serafín.

LEOPOLDO LUGONES.



EVOCACIÓN

Parece indiferente escribir para un público ó para otro sobre ideas generales; pero yo creo que la diferencia es esencial. Porque para mí no existen ideas verdaderamente generales, ni tampoco una humanidad abstracta extendida por todo el mundo; sino que las ideas viven sólo entre los hombres por efusión, por el modo como son dichas en palabras, por la fuerza con que estas palabras mueven el corazón del que las escucha; y sólo conociendo á éste de una manera viva se le puede hablar con vibración adecuada.

Todo esto lo digo, pensando especialmente en el periodismo como género oratorio, porque claro está que en las regiones superiores é inferiores, este sentir no tiene exacta aplicación. En el trabajo meramente expositivo ó de información, por ejemplo, no hay vibración que transmitir ni, por tanto, verdadera efusión: en las altas regiones de la poesía, la vibración y efusión son tantas, que el poeta habla solo y sin pensar en nadie que le escuche, pero tan hondo de su naturaleza humana, y tan altamente hacia el cielo de todos los hombres, que cuantos le oigan y entiendan la externa materialidad de su lenguaje, se sentirán heridos por el fuego de su palabra; y aun á muchos que no la entiendan, algo les alcanzará del divino calor de aque-

lla música. El poeta es el único que puede hablar solo sin volverse loco.

Pero el orador, en la tribuna ó en el periódico, necesita un público, y verlo —con unos ú otros ojos— y sentir su palpitación —con uno ú otro sentido— y, lo que es más, participar de ella y devolverla intensificada: necesita, en una palabra, comunicación. Si no estoy en tu corazón, mal podré hablar en tu corazón. Y si no hablo en tu corazón, ¿qué le importa al mío hacer desfilar ante tu entendimiento una teoría de ideas lejanas como una procesión de cadáveres? «Todas las ideas —dice Goethe— han sido ya pensadas; sólo es menester pensarlas otra vez.» Este pensarlas otra vez, entiendo yo que quiere decir pensarlas con el corazón, que habla en seguida.

Por todo esto, me repugna siempre ponerme á escribir, en este género oratorio, para un público lejano, para un público del que yo no pueda ver en mi imaginación centenares de rostros personales, y no pueda figurarme el gesto de cada uno á cada una de mis palabras, y oír, como dentro de mí, la exclamación y el suspiro de cada boca, y ser aire de mi pecho, así el de sus lugares públicos donde alienta y se manifiesta corpórea y ruidosa su alma colectiva, como el de la recóndita estancia

donde un hermano en sentimiento está inclinado sobre el escrito mío mientras alisa maquinalmente sus cabellos con aquel ademán que les es tan familiar, y de mí tan conocido.

De estas visiones necesito para hablar en vivo; este público me hace falta ante mi mesa de escribir. Porque si no, me parece que hablo á las nubes que pasan por delante de mi ventana, que escribo una carta sin saber á quién. Y ¿qué tengo que decir yo á las nubes de mis ideas generales? ¿Qué tengo que contestar á quien nada me pregunta?

Podrá ser, sí, que yo hable á unos á quienes tenga presentes, y me entiendan muchos otros que ignoro; pero sólo aquellos habrán dado sentido á mi discurso. Cuando se habla á un hombre, muchos pueden darse por entendidos, porque el hablar á un hombre hace ya viva la palabra. Pero la voz del que habla solo ó sin saber á quien, toma un tono extraño: tiene un timbre opaco, que no vibra ni penetra, y las palabras caen frías, muertas —aunque estén bellamente compuestas,— como dichas en vano. ¡Ay de la mujer que se engalana sólo para su espejo, ó del todo ignorante de los ojos que han de mirarla!

Con todo esto, sólo quiero decir mi pena por lo mucho que se habla al público de esta manera en palabras ociosas: que es peor que no decirlas, porque el público se acostumbra á tomarlas por buenas, y cuando con ellas dentro, no obstante, desfallece, á despreciarlas todas.

¡Oh! ¡Mi público, mi público! ¿Dónde estás, mi público, que no te veo ante mí, y estoy hablando solo en las tinieblas, como un poeta ó como un loco? ¿Quién me dará la comunicación viva para que mis palabras tomen aquí algún sentido? ¿Por qué no veo yo ahora aquellas caras que solía, con la expresión de sus ojos, ni oigo aquellas voces que me replicaban ó aquellos suspiros? Yo no las creía encerradas

en el recinto de una ciudad, sin embargo; ó creía al menos que en esta ciudad mía cabían muchas más gentes. Y he aquí que ahora me vuelvo del otro lado, y á nadie veo, y me parece que estoy hablando solo. ¿Qué es esto?

Hay que hacer una ciudad nueva donde podamos vernos muchos que ahora no nos vemos, y que nos amaríamos, estoy seguro; porque yo por mi parte siento un gran vacío en el corazón; y conozco que si aquellos rostros personales, cuya visión necesito para hablar vivamente, me fueran más representativos; si en las exclamaciones y suspiros que creo oír se contuvieran muchos otros; si los habitantes de mi ciudad fueran en mayor número, yo creo que este vacío se llenaría, ó se aliviaría un poco.

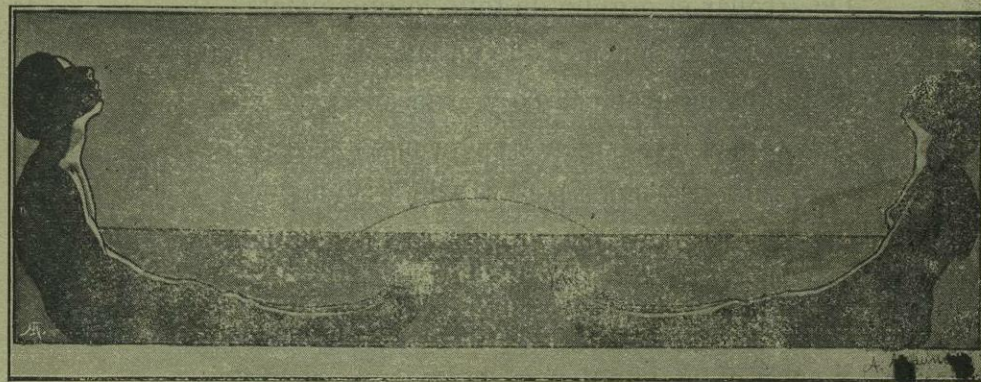
Porque así no se puede vivir, ó no se debe vivir. Más vale predicar á las aves y á los peces con amor, que á los hombres que están lejos de nuestro corazón; aquél es sermón vivo; pero ¡ay! ¡de la humana turba anónima, absolutamente, para su predicador! ¡ay! ¡del predicador mismo!

¿Por qué levanto, pues, aquí la voz, aquí donde hay gente que escucha y no la conozco? Es que no hablo á la gente que pueda escucharme. Hablo solo, como un poeta, sin serlo; como un loco, sin serlo tampoco; espero. Mi palabra es como de evocación: es un intento de evocación de la ciudad nueva y más grande que quisiera ver brotar todo alrededor mío, alzándose de las piedras de mi desierto.

Cuentan de aquel santo que oró con tanta fe en medio del desierto pedregoso, que al concluir su oración oyó correr un inmenso murmullo á flor de tierra; y era que todas las piedras respondían: *Amén*.

Mi fe en la ciudad nueva quiere ahora asemejarse á la de aquel santo; y quedará con el oído tendido al *Amén* de las piedras ó de las gentes.

JUAN MARAGALL.



EN EL MAR

Para Pedro Solís Cámara.

Oh mar, sigue contando, comprendo tu lenguaje,
No me arredra el empuje de tu furia salvaje
Ni temo las maldades que en tu grandeza escondas...
¡Es justa la protesta que palpita en tus ondas!

¡Oh mar, sigue contando...! Hay una gran tristeza
En los azules rizos que cubren tu cabeza.
Y es un grito de tedio la furia de tu enojo,
Terrible en el esfuerzo supremo de su arrojó!
Rimas un himno inmenso de pena y de impotencia
Porque Dios no ha querido derramar su clemencia
Sobre el hervir continuo de tus olas ligeras,
Y lloras y te agitas, te retuerces y esperas...
Esperas que se cambie tu implacable destino
Y puedas en la Vida volverte un peregrino
—Un peregrino enorme de fuerza y de esperanza
Que arroje sobre el mundo la terrible venganza

De arrollar el orgullo de todo lo que alienta
 Con el Dolor inmenso que en sus olas revienta! —
 Hoy eres un gran charco ya cansado y ya viejo,
 Que copias las imágenes en su movible espejo;
 Pero que desconoce la gloria de la Vida,
 (Besar tus labios rojos, ¡oh Bella Presentida!).
 Tus olas van sin ruta, sin fe, sin ideales,
 Desgranando el rosario tedioso de sus males,
 Y en la noble impotencia de su inconsciente viaje,
 Tornando en blancas flores de espuma, su coraje!

Oh mar, sigue contando! Es la tristeza humana
 La que en tus olas vibra. Vuelca tu furia insana
 Sobre mi barco esquivo. Soy también una onda
 Del gran mar de la Vida y es mi pena muy honda!
 Desconozco mi ruta, y perdido en la bruma
 De las filosofías, un gran Dolor me abruma:
 El Dolor del que ignora las eternas Verdades
 Y ha probado el embate de las Adversidades;
 El Dolor que transforma, que aniquila y que mata
 Los ensueños dorados y las risas de plata!
 Desconozco mi ruta. . . . ! En una oculta roca
 Se estrellará el anhelo de mi impaciencia loca,
 Y libre ya mi espíritu del lazo mundanal,
 Florecerá en el éxodo de su marcha triunfal!

Sigue, sigue contando, comprendo tu lenguaje,
 No me arredra el empuje de tu furia salvaje,
 Ni temo las maldades que en tu grandeza escondas. . . .
 ¡Es justa la protesta que palpita en tus ondas!

Las Nubes han cubierto de sombras el espacio;
 La Noche suelta el chorro de su cabello lacio,
 Y la luna difunde con el suave derroche
 De su luz, el solemne misterio de la Noche.

Hace ya muchas horas que estoy en oración
 Ante el vasto poema de tu desolación.
 Mañana, cuando vuelque la Aurora su pureza,
 Y tus olas tranquilas retraten la belleza
 De un Sol ardiente y nuevo, mi tierra tropical
 Me ofrendará la gloria de su beso triunfal;
 Y seré un rojo glóbulo de su sangre potente,
 Cuidaré que germine del surco la simiente
 Del Amor, y diré mis estrofas sentidas
 Para apagar la angustia de las almas vencidas. . . . !
 Y tú, siempre en tu sitio, sin fe, sin ideales,
 Desgranando el tedioso rosario de tus males;
 Sufriendo el infecundo martirio de ser preso
 Por el fallo implacable de un divino proceso;
 Hinchándose tu seno que se ahonda y se estrella
 Sin dejar una herida, ni un surco, ni una huella,
 Pues es indiferente tu superficie zarca
 A todo lo que pueda dejar alguna marca!

Mas si es grande tu pena, que sea grande tu esfuerzo:
 ¡Levántate al reclamo sonoro de mi verso;
 Huye, oh mar, de tu cárcel, que está abierto el camino,
 Que te mire él más grande y fuerte peregrino;
 Haz tus armas triunfales de la enorme paciencia
 Con que rimas el himno crüel de tu impotencia,
 Y ve como un Quijote á luchar contra el Mal,
 En un éxodo raro, florecido y triunfal!

.....

Sigue, sigue contando, comprendo tu lenguaje,
 No me arredra el empuje de tu furia salvaje,
 Ni temo las maldades que en tu grandeza escondes. . . .
 ¡Es justa la protesta que palpita en tus ondas!

ÁLVARO GAMBOA RICALDE.

Mérida, 1906.